

II FORO MUNDIAL DE EDUCACIÓN PROFESIONAL Y TÉCNOLÓGICA

Florianópolis, mayo 29 del 2012

Emancipación, sostenibilidad y democratización, de eso se trata la educación ¿Dónde están las políticas públicas?

Esperanza Cerón Villaquirán¹
educación@viva.org.co
esperania@gmail.com

En un mundo donde todo está en crisis, la pregunta obligada es, ¿cuál es el papel de la educación, tanto en la formación de esta crisis como en su superación?, y en relación con esto, ¿cuál es el papel de las políticas públicas educativas?

La educación como las políticas públicas, tienen una historia en la humanidad y en cada uno de nuestros países y culturas. Ambas son inventos humanos que desarrolladas en el tiempo, obedecen a contextos, necesidades e intereses. Ambas por tanto están comprometidas con un modelo de sociedad y de desarrollo y de ninguna manera pueden ser imparciales frente a tales propósitos. Pretender lo contrario es ingenuo y puede hacernos caer en la inercia de los tiempos políticos y hacernos olvidar, que todo invento humano, siempre puede reinventarse para mejorar o empeorar.

Dado que tanto la educación como las políticas públicas educativas parten de una idea determinada de lo que es el saber, cómo y quién construye saber; para qué ese saber, etc., entonces es conveniente preguntarse igualmente por qué pensamos lo que pensamos del saber, de dónde vienen todas las ideas que nos hacen ser como somos, tanto en nuestras vidas personales como sociales, culturales, económicas, políticas, ambientales e institucionales. Hay que hacer un alto para pensar qué, cómo y por qué, promovemos la educación y las políticas públicas que estamos desarrollando en nuestros países.

Comprendido esto, el siguiente paso es identificar dónde están las viejas y las nuevas pistas que nos conduzcan a un mundo mejor, a otro mundo posible. Desde la física cuántica, el pensamiento complejo, las neurociencias, venimos encontrando algunas respuestas. En tal sentido, la emancipación del viejo paradigma es una necesidad que el sistema educativo y los trabajadores de la educación no podemos evadir, en la vida cotidiana y menos, desde las políticas públicas.

¹Médica cirujana, feminista; especialista en salud ambiental y medicinas alternativas; actualmente cursando un Doctorado en Educación con la Universidad de la Salle de Costa Rica. Docente de cátedra de Salud Ambiental y BIODesarrollo en las Universidades de Cundinamarca y Distrital en Colombia. Coordinadora de la Estrategia de Educación de la Corporación Viva la Ciudadanía, miembro de la Secretaría Ejecutiva del Consejo Internacional del FME; miembro de las Redes Estrado, del Flape y de la Coalición Colombiana por el Derecho a la educación, adscrita a CLADE y a la GEC.

De la emancipación, la sostenibilidad y la democracia

Las políticas públicas en la materia son mucho más recientes en el modelo educativo que nos hemos heredado de occidente, por lo que se me ocurre primero mirar de dónde viene la educación. Se dice que la educación está allí para ayudarnos a comprender como especie humana, para comprender la naturaleza y el universo, también se ha dicho que la educación llegó para mejorar nuestra calidad de vida, para permitirnos acceder a la tecnología que resolverá todos los males del mundo; que la educación es la palanca para el ascenso social, que es un derecho humano fundamental; en suma, el discurso general nos ha dicho, que la educación es el mejor camino al desarrollo.

Y probablemente la educación ha cumplido a cabalidad al menos esta última premisa: esta educación ha sido perfectamente funcional al desarrollo del modelo capitalista; y ha sido así, porque se montaron todas sus premisas sobre el mismo paradigma, para llenar todos sus intereses y necesidades.

Todo lo que pensamos sobre casi todas las cosas, está explicado dentro de lo que hoy llamamos paradigma occidental, o modelo occidental, o también pensamiento positivista cartesiano. Kuhn, el autor de la "Estructura de las revoluciones científicas" (Kuhn, 1962) desveló cómo se construyen, consolidan y decaen los paradigmas, que a su modo de ver, constituyen un cuerpo de normas, escritas o no, que brindan un marco explicativo desde las ciencias, para el conjunto de la sociedad en todas sus expresiones, tanto públicas como privadas. Podemos entonces decir, que la educación, basada en la idea de ciencia, está en el corazón del paradigma mismo.

Los paradigmas, pueden durar siglos, hasta que a la mayoría de las personas, dejan de satisfacerle sus explicaciones, y es entonces cuando empiezan a emerger nuevos paradigmas, que durante un tiempo pueden tener fuertes resistencias hasta que poco a poco van instalándose nuevamente con y desde la ciencias hasta las vidas cotidianas de pueblos enteros en el mundo.

Desde hace unos 30 mil años hasta más o menos un siglo antes de la era cristiana, los seres humanos parecían explicarse todo desde la naturaleza; lo que hoy podríamos llamar religión que era más vale un sentido de trascendencia, lo que podríamos llamar política, arte y ciencia, todo era parte de un mundo interrelacionado, donde las mismas personas eran solo parte del todo, de ninguna manera el centro de algo. Las relaciones entre hombres y mujeres incluso, carecían del marcado sesgo de inequidad que fuera instalado posteriormente, como nos lo ha demostrado la historiadora y antropóloga Rianne Eisler (Eisler, 1990). Este fue el paradigma de estas sociedades alrededor del mundo: las cosas no estaban divididas, todo hacía parte de una unidad, los animales, las plantas, los vivos, los muertos, las montañas, los ríos, los volcanes, todo absolutamente todo se entendía conectado y por lo demás, animado por un espíritu o deidad interior.

Este paradigma fue sofisticándose con la complejización de las sociedades humanas, muchas cosas trascendentes a lo humano, como un rayo, la inundación, la sequía, pero también el nacimiento de las semillas, la menstruación de las mujeres, etc., todo fue siendo atribuido a una relación vida-muerte, de la cual nacen las primeras religiones (no hay que imaginarlas como hoy las conocemos, es decir como verdaderas instituciones). De las deidades femeninas, primeras y múltiples del culto a la vida, se fue pasando a los dioses masculinos de la guerra, del trueno, del martillo; a parnasos de

dioses y diosas, hasta que se fueron haciendo monoteístas casi todas las sociedades, y las deidades del culto a la vida fueron desapareciendo o quedaron reducidas a ser la madre de dios, humanas y de menor categoría. Este elemento, más en occidente que en oriente, aparece por la necesidad de tener una única explicación dominante para todos los fenómenos que no se pueden explicar fácilmente, y que por lo demás, devino en patriarcal, se impuso como verdad incuestionable y más que adecuarse, se entrelazó a las nuevas demandas económicas de dominación de unos pueblos sobre otros.

Este paradigma con las variantes que pudo tener de una cultura a otra, no establecía una diferenciación marcada entre seres humanos y naturaleza, y podemos decir que hasta el día de hoy, en muchos pueblos indígenas, persiste bajo la modalidad de la pacha mama, la madre tierra, o en versión científica: la gaia que ya no es una teoría sino un proceso demostrado.

Hace más o menos unos 3 mil años, coincidiendo con la patriarcalización de los dioses y las economías, en diversas partes del mundo occidental, se fue consolidando una explicación teológica de casi todo, llovía o no porque los dioses lo querían, las personas se enfermaban por castigo divino, unos eran esclavos de los otros por la misma razón; los gobernantes lo eran gracias a estar investidos por dios, etc. De esta forma en occidente llegamos a lo que se conoce como la edad media, donde todas las explicaciones podían empezar y terminar con la voluntad divina; allí estaba centrado el paradigma. No hay que olvidar que en este mismo marco, la tierra era el centro de la creación y que el sol y todos los demás planetas y el universo entero giraban en torno de nuestro mundo.

Llegados a este punto es necesario matizar que en nuestra América, muchos pueblos indígenas sabían siglos antes que la tierra giraba en torno del sol, conocían en valor del número cero, edificaban construcciones que todavía no se caen, desarrollaron una eficiente agricultura de terrazas y sistemas de riego, tenían un sofisticado comercio entre las zonas costeras y la alta montaña, realizaban cirugías de cráneo, usaban anestésicos de plantas medicinales, desarrollaron calendarios casi perfectos y hasta jugaban al fútbol. Todo su saber científico y por tanto su paradigma, nos es borroso, dado que quedó casi todo anulado, invisibilizado o matizado con la invasión europea (García Rivas, 1965).

La sola invasión traía consigo un revolcón cultural y de los paradigmas propios, sobre los que se impuso el paradigma eurocéntrico, que para estas alturas, empezaba a configurarse. Es por esta razón que no podemos profundizar en el pensamiento propio de nuestros habitantes ancestrales, y debemos referirnos fundamentalmente al paradigma actual desde sus raíces europeas, dado que Europa invadió a todos los demás continentes, con más o menos penetración, pero de todos modos, imponiendo su modelo civilizatorio, y con él, su paradigma educativo, pedagógico, su modelo de sociedad y de democracia.

Se dice que todo comienza con Copérnico, Galileo Galilei y Kepler quienes empiezan a cuestionar la teoría geocéntrica y a postular que es la tierra la que gira alrededor del sol. Esta formulación no es fruto de una inspiración misteriosa, sino de la observancia detallada de las estrellas, y de los viajes que en todas las direcciones se están sucediendo en la conquista de los mares, y que están perfeccionando el orientarse por los astros y por la geografía misma ora esférica ya no plana. Este cuestionamiento es duramente censurado por el paradigma vigente hasta entonces teocéntrico, dado que si la

tierra no es el centro de la creación por obra de dios, muchas de las demás explicaciones que en ello caben, podrían ponerse en riesgo. Es por esto que la iglesia casi condena a la hoguera a Galileo Galilei. Para entonces por supuesto, había muchos otros fenómenos en los cuales, la explicación paradigmática ya no era suficiente: los pueblos invadidos tenían saberes innegables; los indígenas y afros tenían sentimientos; muchos invasores se habían mezclado con los invadidos; muchas “pecadoras” y “brujas” se salvaban de la peste por lo que parecían inmunes a la mano de dios; los reyes podrían ser destronados por plebeyos....(Soto Martínez, 2001); sus explicaciones ya no eran suficientes.

Este planteamiento que terminó por imponerse lentamente, empezó a colocarnos en una relación con el universo cualitativamente distinta, además aparecieron el telescopio y las lupas que permitieron ver las cosas de una manera amplificadas. Pero la relación con la naturaleza empezó a sufrir los embates del maridaje entre la ciencia de la época y los intereses económicos de las navieras que movilizaban esclavos, invadían territorios de los que extraían riquezas que parecían inagotables. Y allí aparece Francis Bacon quien hace dos planteamientos que descontextualizan a humanidad de la naturaleza. Por un lado plantea que entender la naturaleza es la única forma de controlarla para el lucro humano, y por lo demás, la compara con una mujer a la espera de ser violada; sus secretos deberán ser arrancados mediante tortura -el experimento- con la ayuda de instrumentos mecánicos (Soto Martínez, 2001). Afirmaciones de tal magnitud empiezan a hacernos pensar dos cosas malsanas: que no somos naturaleza, que estamos por fuera de ella que solo constituye un recurso externo a nuestro servicio y lucro; y de otro, que las mujeres estábamos en el mismo nivel de inferioridad que natura.

A partir de allí, una serie de figuras icónicas de la ciencia, todas ellas por supuesto avanzando en reacción a las explicaciones teocéntricas previas, van instalando el reino de la razón, lo que fue muy revolucionario en su tiempo. Y es donde aparecen figuras como Descartes que nos dice que todo en la naturaleza es susceptible de ser conocido, dado que es como un mecanismo de reloj; los animales y las plantas son objetos mecánicos, el universo entero funciona tras un mecanismo predecible e inmutable. Por lo demás solo aquel que “piensa”, existe, el resto son solo cosas inferiores, que pueden ser tratadas a voluntad del pensante. Por lo demás, la mente y el cuerpo son dos cosas no solo separadas sino incluso mutuamente incómodas. Para la época, un reloj mecánico era como un computador de última generación de hoy: haber podido atrapar el tiempo en una caja de resortes, debió ser algo que a la psiquis humana le debió parecer lo máximo, y por lo que no se podría ser acusado de brujería, dado que estaban los metales moldeados por la mano masculina, es decir eran evidentes, desarmables y vueltos a armar con la misma precisión. Así debía ser el universo y todo cuanto en él se contenga: mecánico.

Para este momento ya Hobbes nos ha dicho que el hombre es un lobo para el hombre, Darwin nos ha sentenciado que la evolución se mueve gracias a la lucha y supervivencia de los más aptos; Rosseau ha visualizado el pacto social donde entran solo los ilustrados, la naturaleza, al decir de Boaventura, queda por fuera (de Santos Sousa, 1998); Marx tampoco escapa al mecanicismo histórico al trazar una línea ascendente por la que se supone pasan invariablemente todas las sociedades. Por entonces ya el pensamiento académico ha sido bendecido por Newton que puso la chapa al universo mecánico regido por leyes matemáticas inamovibles. Junto con Newton, llega Locke a reforzar la concepción mecánica de la naturaleza humana y de la sociedad vista como la suma matemática de todos los individuos. Para este momento ya se ha producido una profunda descontextualización histórica, cognitiva, ecológica y emocional en el

pensamiento de comunicadores, educadores e instituciones durante la Ilustración en Europa, y a partir de allí, a todo el resto del mundo.

Sobra decir que para entonces, los pensantes y los más aptos son los hombres, blancos, europeos e ilustrados; el resto de personas quedan por fuera de éste círculo y están siendo invadidos, esclavizados o saqueados (mujeres, negros, indígenas, amarillos, creyentes de otras ideas, sabedores de otros saberes, etc.). Se instala el determinismo genético que justifica que hay unas razas más fuertes, unos pueblos más aptos, unos más inteligentes que otros, etc. (Kamin & Lewontin S., 1996). Este camino allanado desde las ideas para y por el capitalismo, léase modelo de desarrollo único, verdadero, ideal e inevitable, es reforzado por diversos filósofos y por el economista fundacional Adam Smith, quien nos habla del egoísmo del panadero y de la mano invisible del mercado; de esa forma el círculo paradigmático va doblándose sobre sí mismo con el individualismo, y la atribución de sujeto independiente al mercado (“el mercado está preocupado” dicen los economistas) sin el cual, no se podría justificar el poner los intereses privados por encima del bienestar de la gaia.

Pese a que muchos otros contribuyen, el broche de oro al paradigma lo ponen entre otros Spencer quien traslada el darwinismo a lo académico y social, y Comte, quien se oponía a las sufragistas de la época por considerar que el único lugar de las mujeres era la casa. Este hombre que fuera destituido de todo cargo público de por vida por delitos de corrupción, es quien instala la neutralidad de lo investigado, da un espaldarazo al método científico que supone la objetividad extrema de la ciencia, la separación entre el observador y lo observado, y la irrefutable incuestionabilidad del experimento que se repite a sí mismo (Hardin, 1996).

También puso lo suyo el señor Taylor, padre de la administración moderna, quien definía al trabajador ideal que permitiera avanzar al progreso con su esfuerzo, como al “hombre buey”, que es fuerte, sumiso y estúpido: fuerte para producir mucho, sumiso para obedecer órdenes sin cuestionarlas y estúpido para no percibir que es sobreexplotado (De Souza Silva, 2007).

Hasta aquí podemos ver cómo se fue encadenando el pensamiento de este paradigma que ha empezado a entrar en crisis, pero que nos hizo pensar, enseñar, aprender, actuar y quizá también sentir que la naturaleza era un recurso externo a nosotros mismos, que el todo era igual a la suma de las partes, que la ciencia es objetiva y la matemática siempre es precisa; que todo se podía conocer dividiéndolo en sus componentes; que el desarrollo era infinito, lineal y creciente. Aceptamos, en el caso de nuestros pueblos americanos, que éramos inferiores en muchos sentidos frente a los europeos, luego ante los gobiernos contemporáneos más poderosos, y nos seguimos arrodillando frente a los modelos que los centros del saber y del poder, nos dicen que es “el camino, la verdad y la vida”. Pensamos que el desarrollo era igual al crecimiento infinito y lineal. Estas han sido las verdades únicas sobre las que hemos edificado nuestros sistemas educativos.

Entender cómo hemos llegado desde la ciencia a construir este paradigma, nos permite entender porque pensamos lo que pensamos; porqué nos hemos convencido que la tecnología es exactamente lo mismo que la ciencia, y que el fin justifica los medios. Eso explica que en mi país, se nos diga hoy que la minería es el camino que nos llevará al progreso y a la riqueza, y que muchos traduzcan esto en que unos cuantos bosques, unos cuantos ríos contaminados, bien valen el precio, y que se funden a toda velocidad

escuelas técnicas de minería, donde los estudiantes aprenden para el modelo, no para la vida, ni la sostenibilidad, ni la emancipación ni la democracia.

Hoy en día la ciencia oficial del paradigma, se fractaliza en la familia, la calle, las iglesias, en la escuela, los medios y en todas las instituciones. Nos educamos en todas partes en este mismo pensamiento. Lo verdaderamente importante de todo esto es que comprendamos que este paradigma y este modelo de desarrollo y educativo, han sido un invento humano, una forma de entender el mundo, que se está agotando como explicación satisfactoria para cada vez más personas en el mundo. Al decir de Sandra Harding, “son, en cambio, producto del pensamiento que llevan la marca de sus creadores colectivos o individuales y, a su vez, los creadores están marcados de forma característica por su género, clase social y cultura” (Harding, 1997)

Los estudiantes de economía de la Universidad de Harvard se negaron en noviembre del 2011 a atender una clase con Mankiw, ex asesor del Presidente. Bush y autor del texto de macroeconomía más utilizado en el mundo, indignados “por lo que consideran el vacío intelectual y la corrupción moral y económica de gran parte del mundo académico, cómplices por acción u omisión en la actual crisis económica”². La naturaleza estalla en reacciones innegables; la gente se indigna contra el modelo de desarrollo y la otrora seguridad de los bancos; primaveras en Islandia, en países árabes, jóvenes que vuelven a movilizarse en todo el mundo, etc.

De otro lado, desde la ciencia llegó la relatividad para desmontar el mundo predecible de Newton, y luego la física cuántica para decirnos que las partículas atómicas se comportan indistintamente como ondas (energía) y/o como partículas (materia); que el observador invariablemente afecta a lo observado, por lo que no hay una ciencia ni un solo experimento “puro” ni imparcial en sí mismo; que todos estamos conectados, querámoslo o no, por la misma trama de la vida; que estamos hechos del mismo polvo de estrellas; que entre humanos y cucarachas nos diferenciamos en unos pocos genes.

Emanciparse en materia educativa, implica pues emanciparse o descolonizarse, como dicen ahora los textos oficiales de política pública en Bolivia. Esto debería implicar revisar casi todo cuanto enseñamos, y cómo lo enseñamos; ir incluso más allá y preguntarnos desde las pedagogías sobre cómo aprendemos individualmente y como pueblos. No es tarea fácil porque como ya lo dijera Einstein, “es más fácil romper un átomo que un prejuicio” o un paradigma. Menos al nivel de una política pública, la cual sin duda se puede proclamar sin que las cosas cambien; dado que como hemos tratado de mostrarlo, la educación, el saber y la ciencia no son imparciales sino funcionales a un determinado modelo y a intereses económicos.

Descolonizarse significa emanciparse de verdades que por más de 300 años se han ido mimetizando para meternos en un modelo ideal, que cada década nos deja más pobres mental, ambiental, social, cultural y económicamente, arrastrando tras de sí a todo el resto de la biósfera. No “es la economía, estúpido”, parafraseando el famoso slogan aparecido en la campaña de Clinton; no puede ser esta ciencia de invención humana, lo que rija todo un planeta cuyo sentido es la vida; luego quizá, tendríamos que decir, es la biología, estúpidos; es la biopedagogía, es una nueva epistemología. Es una educación basada en una ciencia no androcéntrica, en tanto no somos, como lo afirma la bióloga

²<http://starviewer.wordpress.com/2011/11/18/maxima-indignacion-en-harvard-los-alumnos-de-la-catedra-de-introduccion-a-la-economia-de-la-universidad-harvard-exigen-nuevas-perspectivas-academicas/>

Lynn Margulis (Margulis & Michael F, 2009), el centro de las especies; y justo nuestro nivel de consciencia debe aterrizar en lo obvio: o la educación vuelve a la naturaleza, reconociendo que somos naturaleza, no seres superiores por fuera de ella; o nos tapamos los ojos y seguimos cabalgando al abismo montados en el mismo potro mecánico.

Este modelo es insostenible, la pregunta es entonces, ¿qué política pública educativa es posible y necesaria?

De políticas públicas y contexto mundial

América latina ha sido el enfermo al cual se le aplican todas las fórmulas ideadas por los centros del poder, a su vez orientados por profesionales educados en los centros del saber. Las políticas públicas desde la influencia del “consenso de Washington”, se orientaron entre otras cosas a la privatización de casi todo lo público; prometieron una vez más un crecimiento y redistribución que nunca llegó y que por el contrario, agudizó la situación de pobreza e inequidad, que nos ha llevado a ser el continente más desigual del planeta.

Las políticas educativas en consonancia con el modelo, llegan en paquetes desde el Banco Mundial, el FMI, el BID, y más recientemente, ligadas a los tratados de la Organización Mundial del Comercio, OMC. La concepción de la educación por parte de estos organismos se mide desde el costo eficiencia, antes que del bienestar o el derecho de las personas. Se concibe como ideal que todo el aparato educativo se convierta en una industria rentable. Al decir del economista Oliver Mora,

La educación se presenta de esta forma como un sector cuya misión principal sería la transmisión de datos e información en pro del crecimiento de la ganancia, de manera que constituya una industria y no un derecho. La educación es entonces una mercancía, la cual puede comprarse y venderse, usarse y desecharse, es un insumo el cual necesita un molde para ajustarse a los objetivos financieros requeridos. El mercado abre espacios rentísticos a cualquier nivel, aun por encima de los derechos sociales (Toscano Mora, 2005).

En el año 1999, la Organización Mundial del Comercio, instó a los gobiernos a aceptar proveedores privados de educación, en particular para la educación superior, con lo cual, quedaban clasificados como servicios comerciales, y por tanto, podrían ser regulados dado su carácter de “bien transable”, lo que quiere decir que eventualmente puede negociarlos con relación a ventajas en otros sectores.

El Acuerdo general de comercio de servicios, GATS, estableció que los gobiernos deben dar igualdad de condiciones internas a los países con los cuales se establezcan acuerdos comerciales, lo que incluye que puedan ser beneficiarios de financiamiento en materia de educación superior. En el 2006 la OMC abrió un nuevo marco de negociaciones orientado a facilitar la actuación libre de universidades extranjeras en los países firmantes (Gurga, 2006).

En el 2004 se reunió en Colombia el Consejo Ejecutivo de la Unión de Universidades de América Latina, que se pronunció en igual sentido a cientos de otras

universidades del mundo, rechazando el considerar a la educación como una mercancía. Sin embargo el TLC que se acaba de firmar con los Estados Unidos, no solo abre esta puerta, sino que en materia del patrimonio cultural en el que se incluye el uso y privatización del germoplasma, patrimonio de nuestros pueblos, especialmente indígenas, afrocolombianos y campesinos, quienes pierden no solo en seguridad alimentaria, sino un saber acumulado relacionado con usos medicinales, artesanales, económicos, ambientales, etc. Es decir perdemos saber.

Estamos hablando de macropolíticas que se imponen y guían las políticas públicas de nuestros países, y que siguen el mismo patrón del paradigma mecanicista: unos más poderosos que otros; unos que saben y otros que asumen ciegamente el saber de los primeros; unos que condicionan a los condicionados; un saber jurídico pretenciosamente imparcial que al decir de Boaventura de Sousa, instala una nueva forma de fascismo paraestatal, e impone la contractualización individual sobre la contractualización social.(De Sousa Santos, 2004).

Así, que ¿de qué políticas públicas educativas hablamos? Tendríamos que hablar de políticas que en un mundo en el que se han globalizado todas las crisis, empezando por la ambiental, podamos reinventar este paradigma excluyente. Podemos por supuesto insistir en la cobertura, en la introducción de tecnologías, incluso podemos insistir y lograr la gratuidad; y probablemente seguiríamos fracasando en lograr un mundo mejor.

Consideramos que el debate acerca de la calidad, de la interrelación con los demás derechos, incluidos los ambientales, los debates sobre la inclusión no solo de las diversidades humanas sino de toda la biodiversidad; del reconocimiento de los otros saberes, pero también de nuestras ignorancias; el debate acerca de la incertidumbre, de las teorías del caos, del pensamiento complejo, etc., son puertas de entrada interesantes para buscar un lugar en el cual, tanto las políticas públicas educativas como la educación, se pongan en clave de una nueva epistemología.

Junto a la emancipación de cuerpos y mentes como sistema, podemos empezar a pensar que la sostenibilidad es posible; pero obviamente no podemos hacer sostenible más de lo mismo, es necesaria una nueva visión de nosotros mismo, de la natura y del universo; una visión nueva que nos permita realmente construir sociedades en democracia, la cual igualmente debe ser redefinida, incluyendo una des-deificación de la tecnología y una real inclusión de género y de todas las demás otredades que fueron relegadas por el sistema.

Una nueva educación es necesaria y posible; un enfoque que reconozca todos los saberes, que desmonte a la ciencia positivista cartesiana de su incierta seguridad e infalibilidad; que permita que entren todas las personas reconociéndose parte de la naturaleza; que nos facilite entender que no es posible el aprendizaje individual sin el aprendizaje colectivo que incluya también el amor, la sensibilidad y la intuición. Y allí, es necesaria una nueva política pública educativa, formulada por mujeres y hombres que entiendan todos los valores desde la vida antes que del mercado. Todo lo que la humanidad inventa, puede ser reinventado.